OBRAS ESCOGIDAS

*Un gato que se las trae; Pulgarcito, un niño tan pequeño como valeroso; una Caperucita Roja que se deja engañar ingenuamente; la hermosa Cenicienta y sus envidiosas hermanastras... son los principales personajes cuyas aventuras y desventuras se narran en estos cuentos inmortales.*

Charles Perrault nació en Francia en la primera mitad del siglo XVII. Sus famosísimos cuentos siguen emocionando a los niños de todo el mundo. La presente versión, que reúne a los más solicitados de ellos, se ha basado en los textos originales, abreviándolos pero respetando sus argumentos y las características de sus personajes.

9 789561 217027
CÓDIGO 6684-2

Cuentos de Perrault • Charles Perrault

# CUENTOS DE PERRAULT

Charles Perrault

ZIG-ZAG

# Cuentos de Perrault

Charles Perrault

*Ilustraciones de*
Andrés Jullian

*Delfín de Color*
I.S.B.N.: 956-12-0773-7.
7ª edición: enero de 2009.

*Obras Escogidas*
I.S.B.N.: 956-12-1702-3.
8ª edición: enero de 2009.

© Derechos reservados de la presente edición
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni
en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido
por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación,
CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra
forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.
La infracción se encuentra sancionada como delito contra
la propiedad intelectual por la ley N° 17.366.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.
Santiago de Chile.

# Índice

El gato con botas 7

Caperucita Roja 27

Pulgarcito 41

La Cenicienta 71

# El gato con botas

Había una vez un honrado molinero que tenía tres hijos. Por estos tres hijos trabajó toda su vida esperando dejarles al morir una buena herencia. Pero jamás llegó a tener riquezas. El trabajo del molinero no daba para hacerse rico.

Un día, cuando ya era viejo, murió. Sus hijos lloraron al padre que, aunque pobre, había sabido enriquecerlos con los valores de la honradez.

La herencia consistía en un molino, un burro y un gato.

–¿Llamaremos a un notario para hacer la repartición? –preguntó el mayor.

–¿Para qué? –dijo el menor–. Entre los tres nos repartiremos las cosas. Hagamos que la suerte decida.

Cada uno sacó un papelito de una bolsa y en

cada papel estaba el nombre de lo que la suerte les deparaba.

Al mayor le tocó el molino; al segundo el burro y al menor no le tocó otra cosa que un gato. ¡Un simple gato!, porque los gatos sólo sirven para cazar ratones y dormir junto al fuego.

No podía consolarse de tener tan pobre lote el flamante dueño del animalito.

–Mis hermanos –decía– podrán ganarse bastante bien la vida juntándose los dos. Pero yo... puedo comerme el gato, puedo hacerme unos guantes con su piel, ¿y después? Tendré que morirme de hambre.

El gato, que oía estas palabras bastante humillado, pero que se hacía el desentendido, le dijo con aire sosegado y muy serio:

–No se aflija, mi amo: no tiene más que darme una bolsa, mandar que me hagan un par de botas a la medida para que pueda meterme en un zarzal sin lastimarme y verá cómo su herencia no es tan mala como cree.

–Creo que eres un gato inteligente. Te daré lo que me pides y... ¡ya veremos qué resulta!

Aunque no se hacía muchas ilusiones, el amo del gato le compró una buena bolsa y luego de unos días, un zapatero le trajo las botas más raras que había hecho en su vida. Aunque tuvo que aceptar que con ellas el gato se veía hecho un señor.

–¡Gracias, amo! –dijo el gato–, no se arrepentirá de haber gastado su dinero en mí –y salió corriendo con la bolsa al hombro.

El muchacho sintió confianza al verlo tan decidido y emprendedor. Se veía en los ojos gatunos una inteligencia poco común.

–A lo mejor no resulta tan mala mi herencia.

El gato se fue a un terreno donde había muchos conejos, abrió su bolsa y puso en ella hierbas que él sabía que encantaban a los conejos. Se tumbó haciéndose el muerto, pero con los cordones de la bolsa en la mano, y esperó a que algún conejito inexperto en las trampas de este mundo viniera a meterse en ella para comer lo que había adentro.

No tuvo que esperar mucho. Un conejito joven y distraído entró en el saco. Maese gato tiró enseguida de los cordones y la bolsa se cerró con el conejito adentro.

–Lo siento, conejito, pero tengo que matarte para ayudar a mi amo.

En un dos por tres lo mató y, muy orgulloso de su habilidad, se fue al palacio del rey y solicitó hablarle.

Al ver un gato tan educado y caminando sobre sus dos patas, que calzaban unas lindas botas, le hicieron subir a los aposentos de Su Majestad, donde nada más entrar hizo una profunda reverencia al rey y le dijo:

–Majestad, éste es un conejo de campo que el señor Marqués de Carabás (era el nombre que le había parecido bien para su amo) me encargó ofrecerle de su parte.

Al decir esto, le entregó el conejo a un paje. El rey le dijo amablemente:

–Dile a tu amo que lo acepto agradecido y que me gusta mucho.

Otro día el gato se fue a esconder en un trigal, siempre con la bolsa abierta y con un puñado de granos de trigo adentro, y siempre haciéndose el muerto.

Al poco rato entraron dos perdices en la bolsa; tiró de los cordones y las atrapó a las dos. Tam-

bién se disculpó por tener que matarlas, porque no había más remedio: "Yo soy un gato bueno, pero responsable de mi amo", pensó.

De nuevo fue al palacio del rey a ofrecerle las perdices en nombre de su amo, como había hecho con el conejo.

El rey recibió con agrado el regalo y ordenó a sus sirvientes:

–Den al señor Gato una buena propina.

Durante dos o tres meses siguió el gato cazando y llevando de vez en cuando al rey algunas buenas piezas de parte de su amo.

Un día se enteró de que el rey estaba preparándose para salir de paseo en su carroza con su hija, la princesa Rosalinda, la más hermosa del mundo, que quería pasear a orillas del río.

Corrió donde su amo y le dijo:

–Si quiere seguir mi consejo, su fortuna es cosa hecha. No tiene más que bañarse en el río, en el lugar que yo le indique. Luego me deja hacer a mí.

El Marqués de Carabás hizo lo que le aconsejaba su gato, sin saber adónde iría a parar aquella nueva extravagancia.



Mientras se estaba bañando, el rey pasó en su carroza y el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

–¡Socorro, socorro, que se está ahogando el Marqués de Carabás!

Al oír estos gritos, el rey sacó la cabeza por la portezuela y al reconocer al gato que tantas veces le había llevado piezas de caza, ordenó a sus guardias:

–Vayan enseguida y ayuden al Señor Marqués de Carabás.

Mientras estaban sacando al pobre marqués del río, el gato se acercó a la carroza real y dijo al rey:

–¡Gracias, Majestad! Mi amo acaba de ser víctima de un robo. Unos ladrones le han robado la ropa. Yo he gritado: "¡al ladrón!", pero nadie me oyó y mi amo ha quedado sin ropa. No puede salir del agua.

El rey ordenó enseguida:

–Vayan los encargados a mi guardarropa y escojan uno de mis mejores trajes para el Marqués de Carabás.

–Muchas gracias de nuevo, Majestad –dijo el gato–. Mi amo el Señor Marqués de Carabás

vendrá a agradecerle cuando pueda presentarse vestido ante su rey.

La orden del rey fue cumplida con diligencia y el Marqués de Carabás acudió a la carroza para dar las gracias por el favor recibido.

El hermoso traje que vestía realzaba su buen aspecto. Era joven, apuesto, y la hija del rey lo encontró muy de su gusto. El Marqués de Carabás la miró, primero respetuosamente y luego sus miradas se volvieron tiernas. La princesa se enamoró locamente de él.

El rey también encontró que el apuesto joven era una buena pareja para la princesa y lo invitó a subir a la carroza para que siguieran juntos el paseo.

–Suba, señor Marqués –le dijo–. Mi hija, la princesa Rosalinda, y yo estaremos encantados de su compañía.

–Es un gran honor para el más humilde de sus súbditos, Majestad –dijo éste, haciendo una profunda reverencia.

Los caballos siguieron avanzando con paso de paseo, mientras el gato, al ver que sus planes empezaban a tener éxito, tomó la delantera y

encontrando unos campesinos que regaban un prado les dijo:

–¡Buenas tardes, buena gente! Vengo a darles un aviso: El rey pasará por aquí y deben decirle que este prado pertenece al señor Marqués de Carabás. Si dicen otra cosa, les harán picadillo, como carne de pastel.

Efectivamente, al poco rato, la carroza real se detenía y el rey, sacando la cabeza, preguntó a los segadores:

–¿De quién es el prado que están segando?

–Es del señor Marqués de Carabás –dijeron todos a la vez, pues recordaban con susto la amenaza del gato.

–El señor Marqués tiene aquí una buena heredad –dijo el rey dirigiéndose al joven Señor de Carabás.

–Ya ve, Majestad –repuso el Marqués–, es un prado que no deja de producir en abundancia todos los años.

Maese Gato siempre iba adelante y se encontró con otro grupo que segaba en unos extensos campos de trigo.



–Buenas gentes –les dijo–, si no dicen al rey, cuando pase por aquí, que estos trigales pertenecen al señor Marqués de Carabás, les van a hacer picadillo, como carne de pastel.

Cuando el rey pasó por el lugar, quiso saber a quién pertenecían todos aquellos campos que veía llenos de trigo candeal.

–Son del señor Marqués de Carabás –respondieron a coro los segadores.

–Le felicito, señor Marqués. Me complace mucho ver su hermosa propiedad.

–Todo lo mío está a su disposición –dijo el Marqués, mirando con amor a la princesa.

El gato, que continuaba yendo delante de la carroza, decía a todos los que encontraba trabajando lo mismo que a los segadores. El rey estaba asombrado de las grandes posesiones del señor Marqués de Carabás.

Pero el plan del inteligente Maese Gato no había dejado de lado ningún detalle que sirviera para dar brillo y lustre a su amo, el improvisado Marqués de Carabás. Siempre corriendo, llegó a un majestuoso castillo, cuyo dueño era un ogro, el más rico de todas aquellas tierras por las cuales

el rey estaba pasando, pues todas dependían del castillo del ogro.

Maese Gato se había informado con cuidado de quién era el tal ogro y de la rara cualidad que tenía. Al encontrarse con los servidores del castillo solicitó una entrevista con el ogro.

–No he querido pasar tan cerca del castillo –dijo– sin tener el honor de presentarle mis respetos.

–Sea bienvenido –dijo el ogro–. Me complace verlo. Hoy espero a mis amigos a cenar.

–Me han asegurado, señor ogro, que usted tiene el don de convertirse en toda clase de animales. Dicen que puede transformarse en león o en elefante –le dijo el gato con aire de incredulidad.

–Pues es verdad –respondió bruscamente el ogro–, y para demostrarlo voy a convertirme en león.

El gato se asustó tanto al ver un león ante él, que de un salto alcanzó a subirse al alero de un tejado, aunque sus lindas botas no eran nada buenas para andar por las tejas.

Cuando el ogro, muerto de risa ante el susto del gato, volvió a su forma normal, el asustado



Maese Gato bajó del tejado y confesó:

–Al ver el león, señor ogro, le confieso que pasé mucho miedo. Pero dígame ¿es verdad que puede tomar la forma de animalitos más pequeños? ¿Podría convertirse en una rata o un ratoncito? Tengo que confesarle que no lo creo. Eso es imposible.

–¿Imposible? ¡Ja, ja, ja! –replicó el ogro riendo con suficiencia–. Ahora verás.

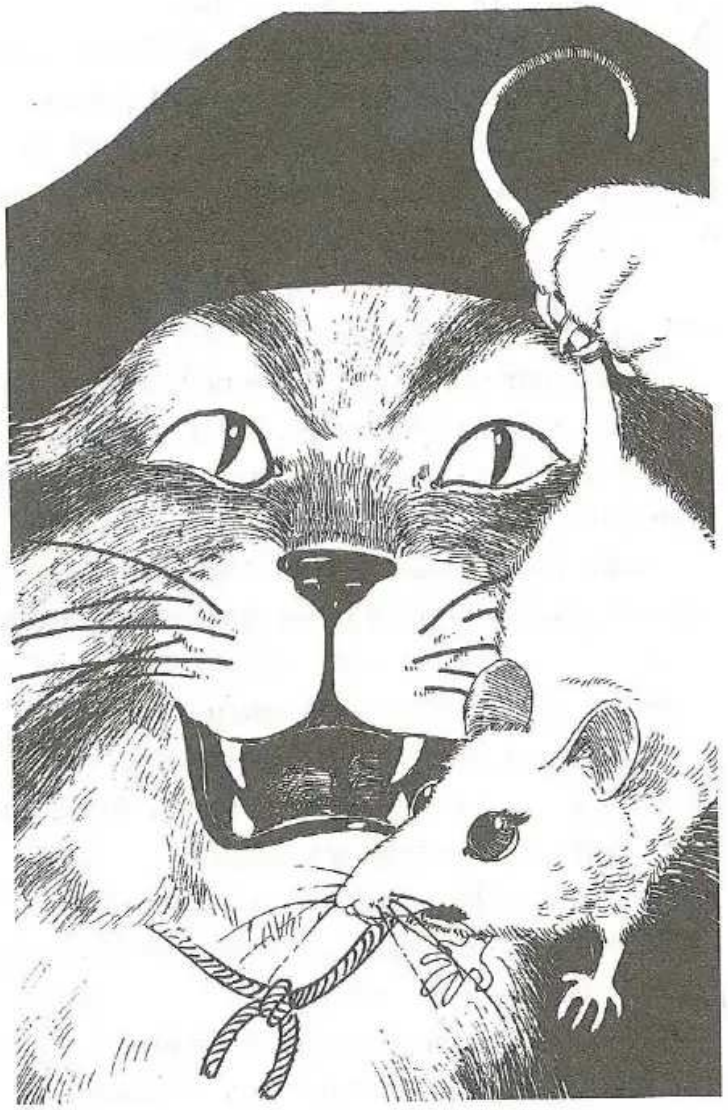
En un instante la imponente figura del ogro corría por el suelo convertida en una pequeña rata. En cuanto la vio el gato... ¡zas!, se arrojó sobre ella y la devoró en menos tiempo que el que se tarda en decirlo.

–Adiós para siempre, Señor Ogro –gritó contento el gato, contorneándose con sus elegantes botas.

Entretanto el rey, al ver el magnífico castillo del ogro quiso entrar en él. El gato, que oyó el ruido de la carroza, pasó por el puente levadizo y corrió al encuentro del rey.

–Sea bienvenido, Su Majestad, al castillo del señor Marqués de Carabás –le dijo abriendo la portezuela de la carroza real.

–¡Pero, señor Marqués! ¿También es suyo este castillo? –exclamó admirado el rey–. No hay nada





más hermoso que esta explanada y los edificios que la rodean. ¿Me permite ver el interior?

–Nunca más honrado este humilde súbdito de Su Majestad –dijo con donaire el Marqués, dando la mano galantemente a la princesita Rosalinda.

Abría la marcha el rey, luego el apuesto Marqués de Carabás con la princesa y, dirigiendo la ceremonia de recepción, Maese Gato enseñaba el vestíbulo con los pajes engalanados flanqueando a la comitiva. Esta se dirigió luego a una gran sala, donde había servida una magnífica cena. El infortunado Ogro la había preparado para unos amigos que debían visitarle aquel mismo día y que no se habían atrevido a entrar al saber que el rey estaba en el castillo.

El rey estaba encantado de las cualidades del Marqués de Carabás y ya se había dado cuenta de las miradas de amor que se cruzaban el marqués y la princesa.

En un momento de la cena, cuando ya todos habían bebido algunas copas de vino, fue fácil exteriorizar los sentimientos:

–Señor Marqués –dijo el rey–, sólo de usted y de mi hija, la princesa Rosalinda, depende que llegue a ser mi yerno. ¿Qué dicen ustedes?

–Yo estoy enamorado de la princesa –re- puso el marqués mirándola a los ojos–. ¿Podré esperar que ella acepte mi deseo de ser su esposo?

–Es lo que más quiero en este mundo–respondió ruborizada la feliz Rosalinda, dejando descansar sus manecitas entre las del marqués y diciendo con los ojos lo que su recato le impedía decir con los labios.

Aquel mismo día se hicieron los preparativos para la boda y al día siguiente, cuando el sol hacía brillar el oro del palacio, la feliz pareja se unía en matrimonio en la más fastuosa ceremonia. Rosalinda iba hermosa como una flor recién abierta, y el marqués como el joven más apuesto y enamorado del mundo.

Todo el reino celebró las bodas durante ocho días. El rey vio partir a la pareja hacia el castillo del marqués con lágrimas de alegría, y el gato...

¿Qué sucedió con Maese Gato? Pues que se convirtió en un gran señor y ya no corrió tras los ratones más que para divertirse. Y cuando el rey

murió y el marqués ocupó el trono que dejaba vacío, se convirtió en el primer caballero de la corte.

Dicen que cuando nadie le veía, el gato se quitaba las incómodas botas y corría por los tejados a verse con una blanca gatita que le quitaba el sueño. Los gatos también tienen corazón...

# Caperucita Roja

Erase una vez una preciosa niña que vivía en un pueblito lindo y tranquilo como todos los pueblos.

–¡Ay, Dios! ¡Qué hija más bonita me has dado! –decía la mamá cuando la miraba.

Y no era para menos. La abuelita opinaba lo mismo:

–Nadie, en el pueblo, ni en todo el mundo, tiene una nieta como mi Caperucita.

La llamaban Caperucita Roja porque su mamá la abrigaba con una confortable capa de lana roja que tenía también una caperuza para proteger la rubia cabecita de la niña.

Daba gusto verla cuando iba a visitar a su abuelita, atravesando el bosque, juguetona y alegre. Parecía una amapola corriendo tras las mariposas,

entre las flores silvestres del campo. La abuelita la esperaba siempre y la nieta regalona no se hacía de rogar.

–¡Caperucita! –llamaba la mamá–, ¿quieres ir a ver a la abuelita? –y ella partía saltando alegre como un cascabel.

Un día su madre hizo una rica torta para enviársela a la abuelita, que estaba un poco resfriada:

– Caperucita –le dijo a la niña–, quiero que vayas a ver a tu abuelita. Lleva esta canasta con la torta, un tarro de miel y un poco de mantequilla.

–Sí, mamá, llevaré todo con cuidado –contestó la niña.

–¡Ah! y no te detengas por el camino porque tienes que prepararle leche caliente a tu abuelita y no quiero que regreses tarde a casa.

Le puso su capa con la caperuza y la niña partió alegre, como siempre. La abuela vivía en otro pueblito, que no estaba lejos, pero había que atravesar el bosque y no siempre se encontraba el sendero en buen estado. Las lluvias podían hacerlo intransitable. Gracias a Dios, aquel día estaba bueno.

El Compadre Lobo la vio desde lejos y sintió muchos deseos de comérsela, pero no se atrevió. "Andan por aquí unos leñadores y me pueden linchar", pensó. Se limitó a seguirla sin que lo vieran, y cuando creyó que ya estaba fuera del alcance de los leñadores, se acercó a ella y en tono meloso la saludó muy cortés:

–¡Buenos días, hermosa niña! ¿Adónde vas tan rápido?

Caperucita no sabía que es peligroso pararse a escuchar a un lobo. Además, éste era tan amable...

–Voy a la casa de mi abuelita –le contestó la niña, halagada por el piropo–. Mi mamá le manda una torta, un tarro de miel y mantequilla. Por eso voy de prisa.

–¿Y vive muy lejos? –le preguntó astuto y atento el lobo.

–¡Oh sí!, señor Lobo. ¿Ve usted aquel molino, lejos, lejos? Pues nada más pasarlo está el pueblo y en la primera casa vive mi abuelita –dijo Caperucita.

–¡Mira, qué bueno! –dijo el lobo–, yo también quiero ir a verla. ¿Me permites?

Caperucita se acordó de las recomendaciones de su mamá, quien no quería que se juntara en el camino con nadie, pero... "este señor lobo es bueno", pensó y le contestó:

–¡Claro que sí! La abuelita vive sola y le gusta que la visiten. Ahora está resfriada.

–Sí, sí –dijo el astuto lobo–. Yo me iré por este camino y tú por el otro. A ver quién llega primero.

El lobo echó a correr con toda la fuerza de sus grandes patas por el camino más corto y Caperucita por el camino más largo. Además ella se entretuvo recogiendo avellanas, corriendo tras las mariposas y haciendo un ramo de flores para regalarlo a la abuela.

A toda carrera, el lobo no tardó en llegar a la casa de la abuela. Se acercó y llamó: "Toc, toc".

–Soy yo, su nieta Caperucita Roja –dijo el lobo imitando la voz de la niña–. Le traigo una torta, un tarro de miel y otro de mantequilla. Se los ha preparado mi mamá.

La pobre abuela, que estaba en cama y era un poco sorda, no percibió la diferencia de la voz y le gritó:

–Tira de la cuerda y caerá el pestillo.



El lobo tiró de la cuerda, cayó el pestillo y la puerta se abrió. ¡Pobre abuelita! ¡Qué miedo sintió al ver al feroz lobo!

Sin darle tiempo a reaccionar, el lobo se arrojó sobre ella y la devoró en un santiamén, pues hacía tres días que no comía. Después cerró la puerta, se puso la ropa de la abuela: un gran camisón, el gorro, que tapaba sus orejas y le cubría hasta el borde de los ojos, y por último sus gafas, que apenas podía sostener.

Luego se metió en la cama de la abuela esperando que de un momento a otro llegara Caperucita, un bocadito tierno, no como los duros huesos de la abuela.

Al poco rato llegó la niña y llamó: "Toc, toc".

–¿Quién es?

Caperucita se asustó al oír el vozarrón del lobo, pero se acordó del resfrío de su abuela y pensó que ella estaría ronca. Así es que contestó:

–Soy yo, su nieta, Caperucita Roja. Le traigo una torta, un tarro de miel y otro de mantequilla. Se los ha preparado mi mamá.

El lobo le gritó, suavizando un poco la voz, aunque no le resultó del todo:

–Tira de la cuerda y caerá el pestillo.

Caperucita Roja tiró de la cuerda, cayó el pestillo y se abrió la puerta. El lobo la vio entrar y le dijo mientras se ocultaba en la cama bajo las mantas:

–Deja la torta y los tarritos encima de la mesa y ven a tenderte a mi lado.

Caperucita se sacó el abrigo y la caperuza, dejando libre su cabellera rubia como el trigo maduro. Quería estar junto a la cariñosa abuela, debajo de las mantas, y se sorprendió mucho al ver cómo era en camisa de dormir.

–¡Abuelita, qué brazos tan grandes tiene! –le dijo.

–Son para abrazarte mejor, hija mía.

–¡Abuelita, qué piernas tan largas tiene!

–Son para correr mejor, mi niña.

–¡Abuelita, qué orejas tan grandes tiene!

–Son para oírte mejor, querida.

–¡Abuelita, qué ojos tan grandes tiene!

–Son para verte mejor, niña mía.

–¡Abuelita, qué dientes tan grandes tiene!

–¡Son para comerme a las niñas tontas como tú! ¿No ves que soy el lobo?

La pobre niña gritó asustada, pero ya era demasiado tarde. El lobo feroz se arrojó sobre ella y la devoró.

Al lado de la cama quedó su capita con la caperuza, roja como una amapola. El lobo se sacó el disfraz y salió corriendo a esconderse nuevamente en el bosque. Claro que había comido tanto que se cansó y pensó que era mejor reposar debajo de un árbol.

Pronto se quedó profundamente dormido. Daba unos ronquidos tan fuertes que llegaron a los oídos de un cazador. Atraído por ellos, éste se fue acercando a los árboles, vio al lobo durmiendo y con la panza tan abultada que supuso que algo había adentro...

–Viejo pecador astuto –dijo–, ahora vas a pagar tus pecados.

Iba a disparar, pero pensó que era mejor abrirlo en canal. "¡Quizá hay alguna víctima dentro de él y la puedo salvar!", se dijo. Y sacando unas grandes tijeras lo abrió.

Lo primero que vio fue la rubia cabeza de la niña. Dio dos cortes más y saltó Caperucita diciendo:



–¡Ay, qué susto he pasado! ¡Qué oscuro estaba en el cuerpo del lobo!

–Yo también quiero salir –decía con voz entrecortada la abuela.

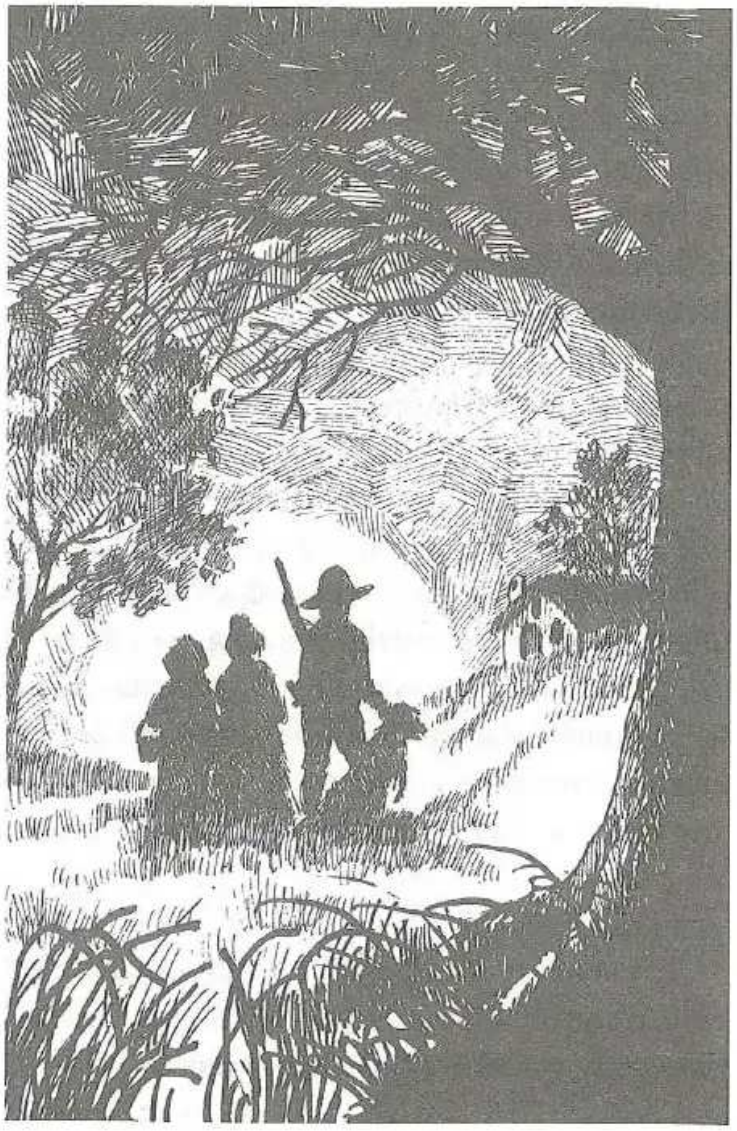
El cazador la sacó. "Menos mal que está viva –pensó–. Unos minutos más y la nieta y la abuela hubieran muerto."

El lobo sí que no pudo despertar. Recibió el castigo que merecía su maldad. El cazador se llevó su piel para colgarla en su hogar como un trofeo de caza muy especial.

La abuela y la nieta llegaron a su casita. Aún olía a lobo, por lo que abrieron las ventanas para que entrara el aroma del bosque.

–¡Qué suerte estar vivas! –dijo Caperucita–. Nunca olvidaré las recomendaciones de mi mamá, aunque a veces no las entienda.

Se cuenta que Caperucita siguió siendo una niña feliz, pero nunca más volvió a creer las mentiras de otros lobos, y siempre hizo caso de los





sabios consejos de su madre. Estos la ayudaron a superar las dificultades que otra clase de lobos ponen en el camino de las niñas buenas e inocentes como Caperucita.

# Pulgarcito

Erase una vez un leñador llamado Guillermo, casado con una leñadora llamada Sonia. El matrimonio de leñadores tenía siete hijos, todos pequeños. El mayor no tenía más que 10 años y el menor sólo 7. Los hijos venían de dos en dos y en algunos años más constituirían una riqueza trabajando. "Pero ¿qué hacer ahora?", se preguntaban Guillermo y Sonia al ver la pobreza en que se debatían.

Como eran muy pobres y tenían tantos hijos siempre dispuestos a comer, se empobrecían cada vez más.

–¿Cuándo tendrán edad para ganarse la vida? –decía Guillermo con preocupación.

–Y Pulgarcito tan callado y tan delicado de salud –añadía Sonia.

El más pequeño, cuando vino al mundo, era poco mayor que un dedo pulgar y por eso le llamaron Pulgarcito. Todos le creían tonto y no se daban cuenta de que lo que ellos llamaban tontería era pura bondad de su alma.

El pobre niño era el "sufrelotodo" de la casa y nunca le daban la razón. Sin embargo era el más noble y sagaz de todos los hermanos. Es cierto que hablaba poco, pero sabía escuchar mucho.

Vino un año muy malo y el hambre fue tan grande que llegó a desesperar al matrimonio.

–Tenemos que deshacernos de los chiquillos –dijo Guillermo a su mujer.

–¿Pero cómo vamos a hacer eso? Son nuestros hijos –dijo llorando la mujer.

–Si siguen con nosotros, los veremos morir de hambre –replicó con pena el marido– y talvez si los dejamos libres se las arreglarán para sobrevivir.

Ambos esposos estaban junto al fuego con el corazón oprimido por el dolor. Los niños, entretanto, se hallaban acostados y dormían.

–Ya ves –decía el leñador– que no podemos alimentarlos más. Yo no tengo valor para ver-

los morir de hambre. Estoy decidido a llevarlos mañana al bosque para abandonarlos a su suerte. Les diremos que recojan leña y forme cada uno un atado. Y cuando estén más entretenidos con la tarea huiremos sin que nos vean.

–¡Dios mío! –exclamó llorando Sonia–. ¿Serás capaz de dejar a tus hijos perdidos en el bosque?

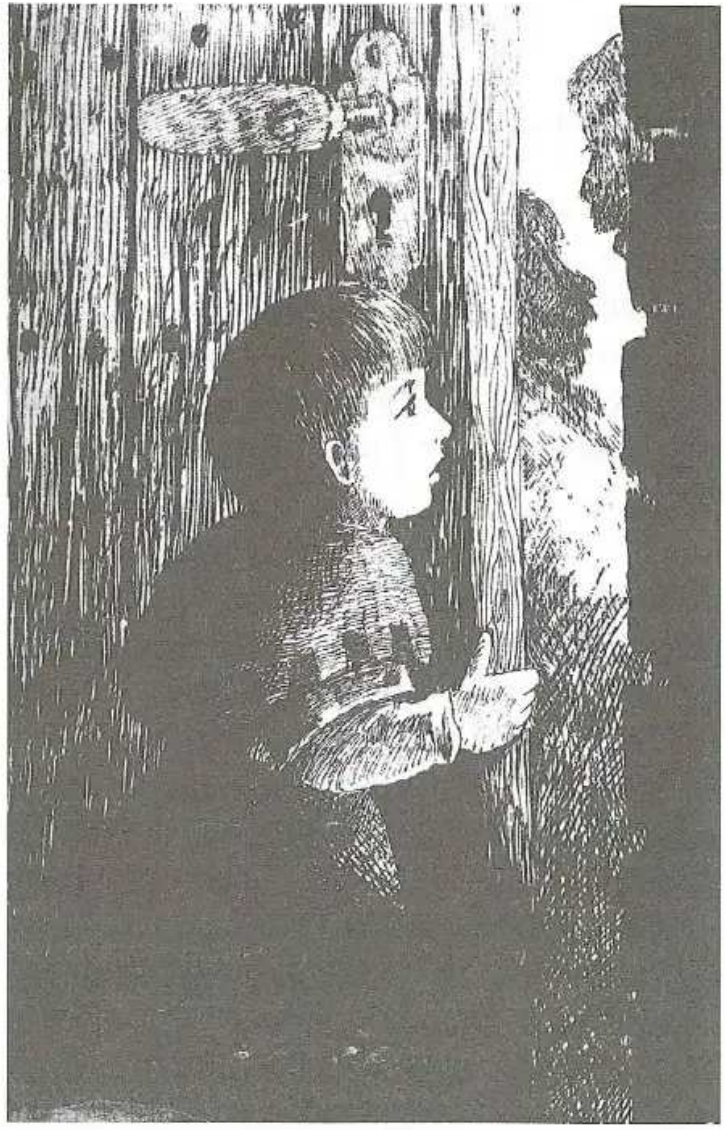
–Pero, mira mujer, ¿crees que yo no lo siento? Es para que puedan salvarse –gemía Guillermo–. Tú tampoco podrás soportar el dolor de verlos morir.

Siguieron discutiendo y considerando toda la dolorosa situación. Al fin se fueron a la cama llorando y convencidos de que no había nada que hacer, salvo abandonarlos en el bosque. Sería lo mejor.

Pulgarcito escuchó todo lo que dijeron, pues cuando estaba en su cama oyó que hablaban de algo serio y muy despacito se levantó y se deslizó debajo de la silla que ocupaba su padre. Allí podía escuchar bien sin que lo vieran.

Volvió a su cama y no durmió durante el resto de la noche. Estuvo pensando en qué podría hacer.





Se levantó muy temprano, fue a la orilla de un estero, recogió piedrecitas blancas que guardó en sus bolsillos hasta que quedaron llenos, y enseguida regresó a la casa.

–Vamos, hijos –dijo el papá–, hoy trabajaremos todos y tendremos mucha leña.

Pulgarcito no dijo a sus hermanos nada de lo que sabía; ellos caminaban contentos siguiendo a sus padres y pronto llegaron a un bosque muy espeso, donde no se veía a diez metros de distancia.

Guillermo se puso a cortar leña y los hijos a recoger ramas para formar sus atados. En un momento en que todos estaban ocupados, Guillermo y Sonia se fueron alejando sigilosamente para huir después por un sendero escondido, sin que los niños se dieran cuenta.

Cuando se vieron solos, sin la protección de sus padres, los pobres niños se pusieron a llorar y a gritar con todas sus fuerzas.

Pulgarcito les dejaba gritar porque sabía por dónde iban a regresar a casa. Mientras todos habían seguido a sus padres despreocupados y jugando, él había ido dejando caer a lo largo del



camino las piedrecitas blancas que llevaba en los bolsillos.

–No tengan miedo –les dijo el diminuto hermanito–, nuestro padre y nuestra madre nos han dejado aquí.

–¿Dices que ellos se fueron y nos dejaron? –preguntó incrédulo el hermano mayor.

–Así fue –aseguró Pulgarcito–. Pero yo sé por dónde regresar a casa. Síganme.

Pulgarcito empezó a caminar y detrás de él todos sus hermanos. Llegaron a casa por el mismo camino que habían seguido en la mañana.

Al principio no se atrevieron a entrar. Todos se amontonaron junto a la puerta y la ventana para escuchar lo que sus padres decían.

Estos habían llegado hacía mucho rato a su casa y habían recibido la visita del señor del pueblo que les llevó diez escudos. Era una deuda de mucho tiempo atrás, con cuyo pago ya no contaban. Los diez escudos les devolvieron la vida, pues creían que morirían de hambre.

Guillermo había mandado a Sonia a la carnicería a comprar carne para la cena y ésta regresó rápidamente con carne en abundancia. Como hacía

tanto tiempo que aguantaban el hambre, compró tres veces más de la que necesitaban, ahora que estaban solos. Cenaron hasta hartarse y entonces Sonia empezó a lamentarse:

–¡Ay! ¿Dónde estarán ahora nuestros pobres hijos? ¡Qué bien habrían comido ellos sólo con lo que nos sobra! Tú has sido el culpable, Guillermo. Tú me convenciste de que los abandonáramos en aquel bosque horroroso. ¡Ay! ya sabía yo que nos íbamos a arrepentir. ¿Qué harán ahora en el bosque? ¡Ay, Dios mío! ¡Quizá se los han comido ya los lobos! ¡Qué inhumano eres! ¡Tú has perdido a nuestros hijos!

El leñador la dejó hablar y llorar, pero al fin se impacientó de oírle veinte veces la misma sarta de acusaciones.

–Te voy a pegar si no te callas –le dijo.

Guillermo estaba más afligido, si cabe, que la misma Sonia, pero si seguía escuchándola iba a volverse loco. Él sabía que su mujer tenía razón, pero no era hombre que diera su brazo a torcer y mucho menos darle la razón a una mujer, aunque ésta fuera Sonia.

La pobre mujer seguía llorando y lamentándose:



–¡Ay! ¿Dónde estarán ahora mis pobres hijitos?

Lo repitió tantas veces que ya iba levantando la voz como si lo gritara a los cuatro vientos. Los niños la escucharon y se pusieron a gritar todos juntos:

–¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!

La madre corrió a abrirles la puerta y exclamó abrazándolos:

–¡Qué contenta estoy de recuperar a mis queridos niños! ¡Qué cansados y hambrientos estarán! Pedrito, estás todo manchado de barro. Ven aquí, a que te lave la cara.

Pedrito era el hijo mayor y ella lo quería más que a todos los otros porque era colorín, igual que ella, que era colorina. Guillermo también se emocionó al verlos y se sentó con todos a la mesa.

–Es Dios quien nos los ha devuelto –dijo.

–No, papá: fue Pulgarcito el que nos guió por el camino –dijo Pedrito.

Hablaban todos a la vez mientras comían y contaban al padre y a la madre, quienes escuchaban embobados de gusto las peripecias y el miedo que habían pasado en el bosque.

Los buenos leñadores estaban encantados de volver a tener a sus hijos. ¡Eran tan chiquitos! Pero aquella alegría les duró sólo lo que duraron los diez escudos. Cuando se acabó el dinero volvieron a sentir la misma desesperación de antes y de nuevo decidieron abandonarlos. Esta vez los llevarían mucho más lejos para no fallar como la primera vez.

A pesar del secreto, no pudieron hablar tan bajo como para que Pulgarcito no los oyera.

El niño quiso hacer lo mismo que la vez pasada y se levantó muy temprano para ir al estero a recoger piedrecitas. Pero no pudo hacer nada porque encontró la puerta cerrada con llave y él no alcanzaba la cerradura. Además, le habían dado dos vueltas con una pesada llave.

No sabía qué hacer, cuando la madre les repartió a cada uno un trozo de pan para la comida. Pulgarcito pensó: "En vez de piedrecitas, iré echando migas de pan a lo largo de todo el camino". Y se guardó el pan en el bolsillo.

Parecía que nunca iban a llegar, pues sus padres los llevaron muy lejos, al lugar más oscuro y espeso del bosque, y en cuanto los vieron atareados tomaron un camino apartado y los dejaron allí.



Pulgarcito no tuvo miedo. Pensaba: "Encontraré fácilmente el camino gracias al pan que he ido dejando como señal". Pero las migas habían desa- parecido, comidas por los pájaros. Ninguno de los hermanos tenía idea de cómo encontrar el camino.

Lloraban tristes, desolados. Cuanto más andaban, más se extraviaban y se internaban en el bosque. Llegó la noche y se levantó un gran viento que silbaba como si fueran aullidos de lobos, lo que les causaba un miedo espantoso. Apenas se atrevían a hablar o volver la cabeza, temerosos de ver a los lobos que venían a comérselos. Luego empezó una fuerte lluvia que los caló hasta los huesos. Resbalaban y se caían en el barro, de donde volvían a levantarse totalmente embarrados, sin saber qué hacer con sus manos.

Pulgarcito, ligero como una ardilla, trepó a lo alto de un árbol para ver si divisaba algo. Volvió la cabeza a un lado y a otro y al fin vio a lo lejos una lucecita como de un farol. Estaba muy lejos, más allá del bosque.

Bajó del árbol y cuando llegó al suelo ya no vio la lucecita, con lo que empezó a desanimarse. Sin

embargo, comenzó a caminar con sus hermanos en la dirección en que había visto la luz y, al cabo de un rato, al salir del bosque, volvió a verla.

–¡Miren, allí está la luz! –gritó.

Caminaron a prisa venciendo el miedo, pues la perdían de vista cada vez que pasaban por algún declive del terreno. Por fin llegaron a una casa. Se acercaron a la puerta y llamaron con temor. Una voz de mujer preguntó:

–¿Quiénes están ahí?

–Unos niños perdidos en el bosque.

La mujer abrió la puerta y los miró compasiva. Presentaban un cuadro conmovedor. Imploraban caridad con los ojos, sin atreverse a decir nada. Al fin, Pedrito suplicó con voz temblorosa:

–Por favor, señora, permita que pasemos la noche en su casa, en cualquier rincón. Tenemos miedo de los lobos.

La mujer los miró de nuevo y al verlos tan lindos, a pesar del barro que los cubría, se puso a llorar desconsolada:

–¡Ay, pobres niños! –gimió–. ¡No saben adónde han llegado! Esta es la casa de un ogro que se come a los niños pequeños.



–¡Qué pena, señora! –le respondió Pulgarcito, que temblaba como la hoja de un árbol–. ¿Qué podemos hacer? Si nos deja en el bosque nos comerán los lobos... Mejor será que nos coma el Señor Ogro. A lo mejor tendrá compasión de nosotros. Quizá usted, que tiene buen corazón, pueda defendernos.

La mujer del ogro se convenció con lo que le decía aquel niño tan chiquito. "Podré ocultarlos de mi marido hasta mañana", pensó.

–Pasen, pasen todos. Vengan alrededor del fuego de la chimenea para que se calienten y luego los llevaré adonde el ogro no pueda verlos.

Los niños entraron en la cocina tibia donde estaba asándose un cordero que despedía un delicioso olor y les abría el apetito. Lo miraron y su hambre pareció acrecentarse.

Apenas empezaban a calentarse, cuando oyeron dar uno, dos, tres, cuatro pesados golpes en la puerta: era el ogro que regresaba a su casa.

La buena mujer los escondió a todos bajo una gran cama y fue a abrir la puerta.

–¡Buenas noches, marido!

–¿Está ya lista la cena? ¿Sacaste el vino de la

bodega? –dijo el ogro, sin contestar siquiera el saludo de su mujer.

–Sí, todo está listo. Siéntate a la mesa que voy a servirte.

En una gran fuente puso el cordero, todavía sangrando, como a él le gustaba.

De pronto, el ogro empezó a olfatear a derecha e izquierda.

–Me huele a carne fresca –dijo.

–Será el ternero que tengo dispuesto para mañana y que acabo de preparar.

– No, no, te repito otra vez que huele a carne fresca. Aquí hay algo que no entiendo –dijo, mirando de reojo a su mujer.

Al decir esto, se levantó de la mesa y se fue directo hacia la cama.

–¡Ah, maldita mujer! –dijo, mirándola con odio–. ¡Querías engañarme! No sé por qué no te como a ti también. Tienes la suerte de ser una vieja bestia. Esta caza tierna me viene de perlas para convidar a tres ogros, amigos míos, que vendrán a verme en estos días.

Sacó a los niños uno tras otro de debajo de la cama. Los pobres niños se pusieron de rodillas:

–¡Perdón, señor Ogro! No nos mate ahora –imploraron muertos de miedo.

Pero no sabían que estaban en las manos del más cruel de todos los ogros, que lejos de tener piedad de ellos, ya estaba devorándolos con los ojos.

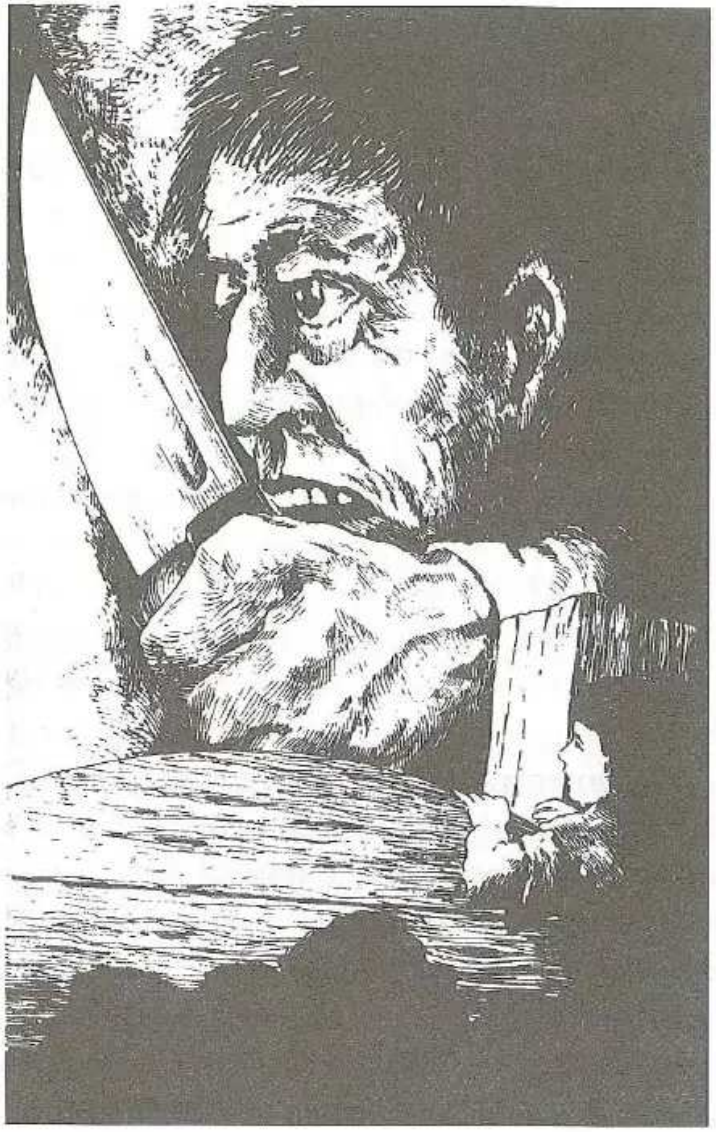
–Mira, mujer, ¡qué sabrosos bocados voy a tener cuando hagas una buena salsa con ellos! Voy a afilar bien el cuchillo. ¿Para qué perder más tiempo?

Tomó un cuchillo y empezó a afilarlo en una piedra que sujetaba con la mano derecha, al mismo tiempo que se acercaba a los pobres niños. Estos se apretujaban unos contra otros sin saber cómo defenderse de aquel monstruo, gigantón imponente, que avanzaba hacia ellos... Avanzaba, avanzaba, y... una gran manaza agarró a uno por sus cabellos:

–¿Pero qué quieres hacer ahora? ¿No ves la hora que es? ¿No tendrás tiempo mañana para hacerlo tranquilamente? –preguntó la mujer aparentando tranquilidad, pero con un deseo inmenso de salvar a los pequeños.

–Cállate, mujer tonta, ¿no sabes que si lo hago ahora estarán más tiernos mañana?





–¿Pero qué harás entonces con toda la carne que tienes preparada? Mira bien lo que hay: un ternero, dos corderos y la mitad de un cerdo.

–Tienes razón –dijo el ogro–. Mejor será que les des una buena comida para que no adelgacen y acuéstalos.

La buena mujer estaba radiante de alegría. Los acomodó alrededor de la mesa y les sirvió una buena cena, que no pudieron comer de tanto miedo que tenían.

El ogro, entretanto, siguió bebiendo encantado de tener bocados tan deliciosos para agasajar a sus amigos. Bebió una docena de tragos más que de costumbre. El vino se le subió a la cabeza y sintió que se mareaba, por lo que tuvo que irse a la cama.

El ogro tenía siete hijas, que todavía eran niñitas. Criadas junto al padre, estaban acostumbradas a comer carne fresca, lo que hacía que estuvieran todas fuertes y rosaditas. Ellas no eran malas, pero educadas por el ogro prometían llegar a ser unas buenas ogresas. La madre las había acostado temprano en una gran cama. Cada una de ellas tenía en la cabeza una diadema de oro a modo de corona.



En la misma habitación donde ellas dormían había otra cama grande. La mujer del ogro acostó en ella a los siete niños y ella se acostó después al lado de su marido, que roncaba profundamente dormido.

Pulgarcito se acostó temiendo que el ogro intentara de nuevo degollarlos. La mujer podía estar durmiendo y ellos totalmente desprotegidos. "¡Qué miedo!", pensó estremeciéndose.

Al ir a la cama se había fijado en las coronitas de oro que las hijas del ogro llevaban en la cabeza. Tenía que hacer algo para salvar su vida y las de todos sus hermanos. Así es que se levantó a media noche, quitó los gorros de las cabezas de sus hermanos, se sacó el suyo y se acercó despacito a la cama donde dormían las pequeñas ogresas.

Con mucho cuidado fue quitando a cada una su coronita de oro y poniéndole un gorrito. Después fue hasta donde dormían sus hermanos y les puso las coronas de oro, con tanto cuidado que ninguno sintió lo que estaba pasando.

Su presentimiento no lo engañó. El ogro se despertó un poco después del cambio y pensó: "¿Por qué voy a dejar para mañana lo que puedo

hacer ahora?" Entonces se levantó bruscamente y fue a buscar su cuchillo.

–Vamos a ver cómo se encuentran estos niñitos –dijo–. No lo pensaré dos veces.

Subió, sin encender ninguna luz, a la habitación donde aquéllos dormían. A tientas se acercó a la cama donde estaban los niños, que dormían, todos menos Pulgarcito, que casi grita cuando sintió la mano del ogro que le tocaba la cabeza, como había tocado la de todos sus hermanos. Al reconocer las coronas de oro, el ogro se retiró de la cama diciendo bajito:

–¡Buena la iba a hacer! Se ve que anoche bebí demasiado.

En las cabezas de sus hijas, en cambio, tocó los gorritos de los niños.

–¡Ah! –dijo–. ¡Ya los tengo! ¡Manos a la obra!

Al decir esto cortó sin vacilar una, dos, tres... siete, todas las gargantas de sus hijas y, muy contento de lo que había hecho con tanto sigilo, volvió a su cama y se acostó al lado de su mujer, pensando en la buena suerte de haber palpado antes las cabezas.

En cuanto Pulgarcito oyó roncar al ogro, despertó a sus hermanos, les dijo que se vistieran sin hacer ruido y que le siguieran.

Bajaron silenciosamente hasta el jardín, saltaron los muros, empujados por su propio miedo y, al verse libres, corrieron y corrieron durante toda la noche sin saber adónde iban y sin sentir miedo a los lobos.

El ogro, entretanto, se despertó alegre. Despertó a su mujer y le dijo:

–Anda, sube y prepara a esos pícaros niños que llegaron anoche.

La mujer se sorprendió mucho de la actitud de bondad de su marido, sin entender lo que quería decirle con aquello de que "los preparara". Creía que había querido decirle que los vistiera y ayudara a asearse.

Cuando llegó arriba casi se muere de espanto al ver a sus siete hijas degolladas y nadando en su propia sangre. No pudo gritar de la impresión y se desmayó. El ogro pensó que estaba tardando demasiado y subió a ayudarla.

Al ver el terrible espectáculo se quedó mudo de rabia.



–¡Esos pequeños me han engañado! –rugió como bestia herida. Arrojó un jarro de agua en la cabeza de su mujer para hacerla volver en sí y gritó:

–¡Me las van a pagar esos desgraciados! ¡Ahora van a ver!

Su mujer lloraba silenciosamente, sintiendo que estaba pagando por los crímenes de su marido.

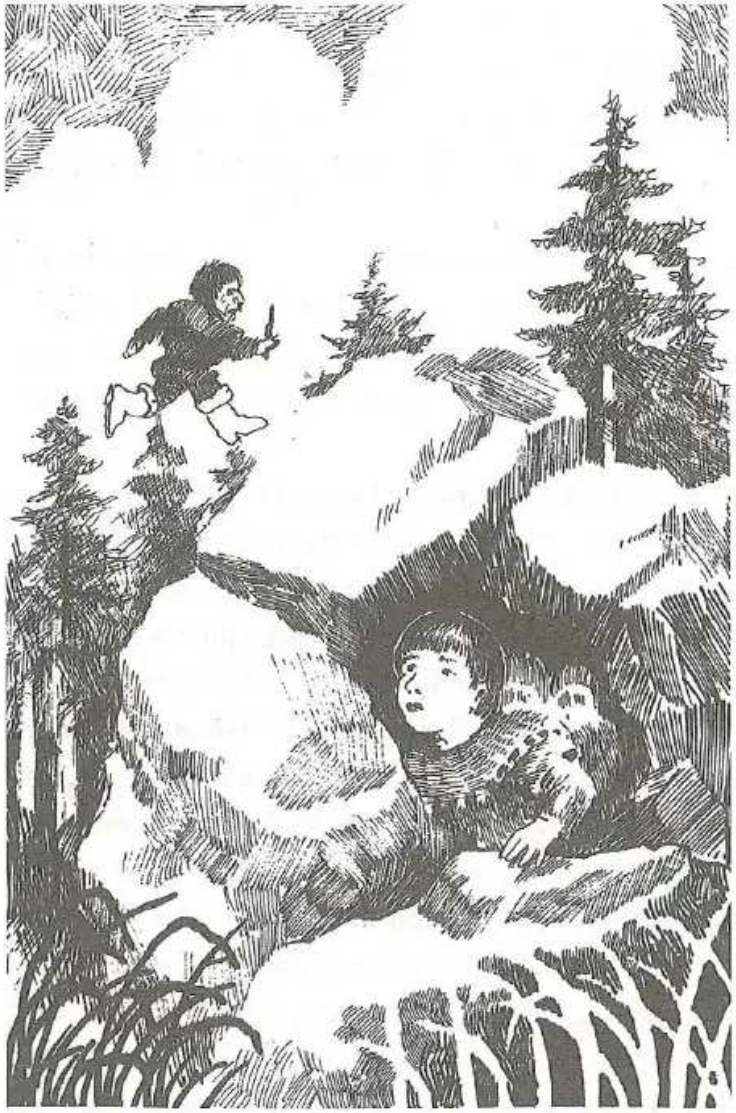
–Dame rápidamente mis botas de siete leguas para ir a atraparlos. ¡Muévete, mujer! –se impacientó el ogro.

Sin perder tiempo, se lanzó a la búsqueda de los siete fugitivos. Corrió en todas direcciones con sus botas de siete leguas y, por fin, fue a dar al camino por el que iban los pobres niños, que ya estaban a unos cien pasos de la casa de sus padres.

Pulgarcito, que iba preocupado pensando que el ogro estaría persiguiéndolos, lo vio enseguida. Era como una gran sombra negra. Iba de montaña en montaña con la misma facilidad con que hubiera cruzado el más pequeño arroyuelo.

–¡Miren, nos alcanza el ogro! ¡Vamos a escondernos! –gritó a sus hermanos.

Miraron a todos lados y al fin Pulgarcito, como era el más pequeño de todos, descubrió una roca





horadada que formaba una cueva bien disimulada y con una entrada estrecha. Era el mejor escondite que podrían haber encontrado.

–Rápido, entremos todos. Escóndanse ustedes al fondo; yo me quedo a la entrada para no perder de vista lo que hace el ogro.

Pulgarcito demostraba tal seguridad, y sus decisiones habían sido tan buenas, que los hermanos le obedecían sin chistar.

Pasaron todos al fondo y confiaron plenamente en la inteligencia del pequeño, que había salvado con su ingenio la vida de todos.

El ogro, por su parte, estaba muy cansado del largo camino que había recorrido inútilmente (las botas de siete leguas fatigan mucho). Quiso descansar y por casualidad fue a sentarse encima de la roca donde los niños se habían escondido.

Primero se sentó a descansar y luego buscó acomodo en los apoyos que le brindaban las protuberancias de la roca. Poco rato después se quedó dormido. Empezó a roncar tan espantosamente que los niños pasaron tanto miedo como cuando le vieron llegar con su gran cuchillo para cortarles la garganta.

Pulgarcito logró dominar el miedo.

–¡Chis! –dijo a sus hermanos, con el dedo en la boca–. Váyanse rápido a casa y no se preocupen de mí. Díganles a nuestros padres que yo llegaré después.

–Sí, Pulgarcito. ¡Cuídate! Te queremos mucho –dijo Pedrito dando un abrazo al hermano.

Salieron sin hacer ruido y corrieron con todas sus fuerzas. Pocos minutos después estaban llegando a su casa.

Apenas vio partir a sus hermanos, Pulgarcito se acercó despacio al ogro, que seguía roncando fuertemente, le sacó con mucha suavidad las botas y se las puso rápidamente.

Las botas eran enormes, anchas y altas, pero como eran unas botas mágicas tenían el don de agrandarse o empequeñecerse, adaptándose a la pierna y al pie del que las calzaba. Le quedaron tan bien que se diría que las habían hecho para él.

Partió volando más que corriendo, directamente a la casa del ogro. Llamó a la puerta:

–Toc, toc.

–¿Quién es? –preguntó la mujer del ogro.

–Soy yo, Pulgarcito, que le traigo un recado del ogro, su marido.

La señora abrió la puerta sin dejar de llorar por sus hijas muertas, pero escuchó a Pulgarcito:

–Su marido corre mucho peligro. Ha caído en manos de una banda de ladrones que han jurado matarlo si no les entrega todo el oro y la plata que tenga. Cuando ya estaba con el puñal al cuello me vio y me pidió el favor de que viniera a avisarle de la situación en que se encuentra.

–¿Pero no le ha pasado nada malo a él? –preguntó asustada la mujer.

–No, hasta ahora no, porque esperan a que yo vuelva. Como la cosa urge, me dio sus botas de siete leguas para que viniera más rápido y para que usted supiera que él me mandó.

–¿Ya no le tienes miedo? Mira bien, no te vaya a agarrar. ¿Qué más pidió?

–Dijo que se dejara algo de oro para usted, señora, y que lo escondiera donde nadie, ni siquiera él, lo pudiera encontrar.

La mujer, muy asustada, le dio una buena cantidad de oro y plata, pues el ogro era un buen marido aunque se comiera a los niños pequeños.



–¡Hasta la vista! –grito Pulgarcito alegremente, despidiéndose de la ogresa.

Al poco rato Pulgarcito llegaba a la casa de sus padres.

–¡Abran rápido, que estoy cansado! –gritó.

Apenas se abrió la puerta descargó en la mesa la riqueza que llevaba, dejándose abrazar y besar por todos.

# La Cenicienta

Erase una vez un gentilhombre que se quedó viudo. Murió su adorada esposa y le dejó una hija tan linda como dulce y buena. Él pensó que era bueno darle una segunda madre y se casó en segundas nupcias con una mujer bella, pero altiva y orgullosa como la que más.

Ella también tenía dos hijas, de la misma edad que la de él. "Así mi hija no se sentirá sola –pensó el buen padre–; al mismo tiempo que una segunda madre, mi hija gana dos hermanas." Pero la realidad no fue así por culpa de la altiva y orgullosa mujer que había tomado por esposa.

Apenas se celebraron las bodas, la madrastra dio rienda suelta a su mal carácter:

–No soporto a esta niña, a esta mosquita muerta –decía con desprecio–. Ya le bajaré sus aires de

reina de belleza. Aquí somos mis hijas y yo las señoras: ella tendrá que servirnos. ¡No faltaba más!

Las dos hijas eran aún más odiosas. Envidiaban a la hermanastra porque era bella y la despreciaban porque era sencilla, humilde y buena.

El buen padre comprendió tardíamente su equivocación y no tuvo el valor de rectificarla haciendo valer su autoridad.

–Mi hija querida hace las tareas más viles de la casa, cuando la verdadera dueña es ella. Pero ya estoy casado y hay que mantener la familia en paz –decía, resignado a veces y engañado por su mujer casi siempre.

–Es una niña díscola y rebelde. No nos quiere y yo tengo que educarla. Debe aprender a obedecer y a ser humilde –decía la madrastra.

El pobre hombre acabó siendo dominado por su mujer y no parecía sufrir al ver a su hija lavar los platos, barrer, limpiar, asear la habitación de la señora y la de las señoritas.

La niña subía por la noche al desván, donde dormía en una cama desvencijada y sobre un mal jergón. Sus hermanastras, en cambio, ocupaban lo

que fueron sus habitaciones, tenían camas modernas y cómodas, espejos donde podían mirarse de cuerpo entero y el día entero para acicalarse.

La pobre chiquilla lo soportaba todo con paciencia y no se atrevía a quejarse a su padre; sabía que ello empeoraría las hostilidades de la madrastra y sus hijas. Además, no adelantaría nada.

–Estoy sola en el mundo, madre mía –decía dirigiéndose a la imagen de su madre que conservaba dentro de ella. Evocaba su recuerdo, pero la querida imagen permanecía callada.

Cuando terminaba su dura labor del día, iba a un rincón de la chimenea y se sentaba en las cenizas, que tiznaban sus manos y vestidos. Por ello las envidiosas hermanastras la llamaban Cenicienta. Pero la dulce muchachita, a pesar de sus vestidos cenicientos y viejos, no dejaba de ser cien veces más hermosa que sus hermanas, que siempre lucían magníficos vestidos.

Sucedió un día que el hijo del rey organizó un baile, al que invitó a todas las personas que más brillaban en la sociedad. Las dos vanidosas hermanas fueron invitadas también, pues estaban en el candelero de la sociedad del país.

Ambas parecían locas; estaban contentas y se pavoneaban vanidosas. La tarea de elegir vestidos y peinados se convirtió en un ajetreo que arrastraba como un torbellino a la pobre Cenicienta.

–Tienes que planchar mis vestidos y almidonar los puños –decía la mayor.

–Y cuando termines, debes empezar por planchar los míos y coser todo lo que haya que arreglar –decía la pequeña.

Cenicienta se tragaba la pena y se sometía sonriendo a todos los caprichos de aquellas dos perezosas insolentes, que no hablaban más que de la forma como se vestirían.

–Yo –dijo la mayor– me pondré el vestido de terciopelo rojo con adornos de Bruselas.

–Yo –dijo la menor– sólo llevaré una falda corriente; pero, en cambio, me pondré la capa con flores de oro y mi broche de diamantes, que no es de los que se ven todos los días.

Querían peinados de dos pisos, que fueran espectaculares; había que atraer la atención del príncipe a cualquier precio.

–¿Qué te parece la idea? –preguntaron a Cenicienta–. Tú no dejas de tener buen gusto. También



iremos a comprar lunares postizos. ¿Qué tal nos quedarán?

Cenicienta las aconsejó lo mejor que pudo y hasta se ofreció a peinarlas. Aceptaron encantadas.

Mientras ella las peinaba, ambas le dijeron:

–Cenicienta, ¿te gustaría ir al baile?

–¡Ay! ustedes se están burlando de mí; a ese baile nadie me ha invitado.

–¡Por supuesto! –dijeron las vanidosas hermanastras–. ¡Cómo se reirían si vieran en el baile de gala a una tiznada!

Cenicienta se sintió insultada y las lágrimas nublaron sus hermosos ojos, pero las disimuló y no hizo lo que otra menos buena que ella habría hecho: peinarlas mal.

La habilidad y el buen gusto de Cenicienta quedaron de manifiesto en dos peinados artísticos y sentadores. Sus hermanastras no se lo agradecieron porque no tenían capacidad para agradecer. Eran orgullosas y altivas. Además andaban como locas. Rompieron más de doce cordones tratando de apretarse el corsé para conseguir una cintura fina. Estaban siempre frente al espejo y no podían mirar sin envidia la figura que escondían los toscos vestidos de Cenicienta.

Al fin llegó el momento feliz. Salieron en la carroza luciendo los costosos vestidos y las mejores joyas.

Cenicienta las siguió con los ojos todo el tiempo que pudo, hasta que la carroza desapareció. Cuando ya no las vio, se echó a llorar desconsolada. Pero, ¡oh maravilla! a su lado apareció su madrina, un hada buena que la miró con ternura:

–¿Por qué lloras, mi querida ahijada? ¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Me gustaría... Me gustaría mucho –decía Cenicienta sin poder terminar la frase en medio del llanto.

–Te gustaría mucho ir al baile, ¿no es eso? –le preguntó su hada madrina acariciándola.

–¡Ay, sí! ¡Quiero ir a ese baile! –dijo suspirando Cenicienta.

–Pues bien, porque eres buena y lo mereces, yo voy a hacer que vayas.

La tomó por los hombros temblorosos y se la llevó a su habitación.

–Anda al jardín –le dijo– y tráeme la mejor calabaza que encuentres.



Cenicienta hizo lo que se le pedía y en pocos minutos volvió, trayendo consigo una hermosa calabaza. No entendía qué tenía que ver una calabaza con lo de ir al baile.

Su madrina vació la calabaza sin dejar más que la cáscara. Cenicienta la miraba sin comprender aún. De repente, su madrina tomó la varita mágica y en su frente apareció un brillo como de estrella. Tocó la calabaza con la varita y la fea calabaza se convirtió en una dorada carroza; hermosa como la de una princesita.

–¿Dónde está la trampa para ratones? –preguntó luego.

–Allí, en uno de los rincones de la buhardilla –respondió Cenicienta.

–Vamos allá –dijo alegremente su madrina–. Saquémosla al jardín.

En la trampa había seis ratoncitos aún vivos.

–Levanta la tapa de la trampa y ya verás lo que sucede –ordenó el hada.

Cenicienta levantó la puerta de alambre y rápidamente apareció el primer ratón, buscando ser libre. El hada madrina lo tocó con su varita y el ratón se convirtió en un hermoso caballo. Detrás

del primero fueron saliendo los cinco ratones restantes y en menos de un minuto quedó formado un precioso tiro de seis caballos.

La madrina dijo preocupada:

–No tenemos cochero...

–Voy a buscar una rata en la otra trampa –sugirió Cenicienta.

–Tienes razón –dijo su madrina–. Anda a ver.

Cenicienta trajo otra trampa donde había tres ratas gordas. El hada tomó una de ellas, que tenía unos largos bigotes, la tocó y la dejó convertida en un gordo cochero que lucía los más hermosos bigotes que se hayan visto jamás.

Cenicienta estaba entusiasmada.

–Anda al rincón donde está la regadera –dijo la madrina–. Detrás de ella hay una camada de lagartos. Tráeme seis de ellos.

Cuando los tuvo delante, los convirtió en seis lacayos, que subieron rápidamente a la trasera de la carroza con sus uniformes galoneados. Se agarraron a ella como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida.

–Bueno, mi niña; ya tienes cómo ir al baile. ¿Estás contenta?

–Sí, pero... ¿voy a ir con estos vestidos tan feos?

No había terminado la pregunta cuando sintió el leve toque de la varita mágica. Algo vibró dentro de ella. Sus vestidos se convirtieron en fino brocado de oro y plata recamado con piedras preciosas, que ceñían su fina cintura y se desplegaban en vuelos hasta cubrirle los pies. Sus dorados cabellos caían en graciosas guedejas aprisionadas por una hermosa diadema de oro y brillantes.

¿Qué le faltaba ahora?

Los ojos de la madrina vieron los toscos zuecos que calzaba Cenicienta. Se agachó hasta tocarlos y dejarlos convertidos en un par de zapatitos de cristal que se adaptaban a sus lindos pies.

¡Estaba hermosa! Ahora sólo le faltaban unas flores prendidas en la cintura. Dos rosas perfumadas surgieron como por encanto.

–Sube a la carroza –dijo el hada madrina– y presta atención a lo que voy a recomendarte. Dejarás el baile antes que se escuchen las campanas del reloj a la media noche. A las doce todo volverá a ser natural: la carroza será calabaza; los caballos ratones, el cochero una rata y los lacayos lagartos. Tus vestidos serán de nuevo los de Cenicienta.

No lo olvides.

–No, madrina; saldré del baile antes de las doce de la noche –y se puso en marcha llena de gozo.

El hijo del rey, a quien avisaron de la llegada de una desconocida princesa, corrió a recibirla. Le dio la mano cuando bajó de la carroza y la condujo a la sala donde estaban los invitados.

Se hizo un gran silencio. Todos dejaron de bailar y los violines dejaron de tocar, como embobados al contemplar la gran belleza de aquella desconocida. No se oía más que un confuso rumor: "¡Ah! ¡Qué hermosa!"

El mismo viejo rey no dejaba de mirarla y de decirle bajito a la reina:

–Hace mucho tiempo que no veía una joven tan bella y agradable.

Todas las damas observaban con mucha atención el peinado y los vestidos de Cenicienta para imitarlos a la mañana siguiente, si es que encontraban telas tan bellas y modistos tan diestros.

El hijo del rey la colocó en el lugar de más honor y luego la invitó a bailar. Al verla bailar con tanta gracia la admiraron mucho más. "Pero ¿quién será?", se preguntaban.



Cuando llegó el momento sirvieron la cena. El príncipe estaba tan embobado que se olvidó de comer y nada probó.

Cenicienta fue a sentarse al lado de sus hermanas y les hizo mil demostraciones de cortesía. Compartió con ellas las naranjas y las frutas que le envió especialmente el príncipe, dejándolas muy admiradas, pues no la reconocieron ni sospechaban para nada que fuera alguien cercana a ellas.

El baile se reanudó. El príncipe volvió a invitarla a bailar y de nuevo todas las miradas la siguieron admiradas.

De repente el reloj dio la hora: un cuarto para las doce Cenicienta se desprendió de los brazos del príncipe, hizo una graciosa reverencia a todos los presentes y partió lo más rápido que pudo.

En cuanto hubo llegado a su casa, fue a ver a su madrina y después de darle las gracias le dijo:

–Quisiera ir mañana otra vez al baile. El príncipe me lo ha rogado.

Como estaba tan entretenida en contar a su madrina todo lo que había pasado en el baile, tuvo que disimular cuando oyó que sus hermanas llamaban a la puerta...

Cenicienta fue a abrirles:

–¡Cuánto han tardado en volver! –les dijo bostezando y frotándose los ojos. Luego volvió a recostarse en su camastro, como si acabara de despertar. Sin embargo estaba tan emocionada que le costó mucho conciliar el sueño.

Al día siguiente, apenas la vieron sus hermanas, empezaron a contarle sobre el baile:

–Si hubieras venido al baile –le dijo la menor– no te habrías aburrido; ha ido una princesa hermosísima, la más hermosa que te puedas imaginar. Y a nosotras nos hizo mil demostraciones de cortesía y amistad. Hasta nos dio naranjas y frutas de las que el príncipe le envió.

Cenicienta no cabía en sí de gozo:

–¿Y cómo se llama esa princesa? –les preguntó.

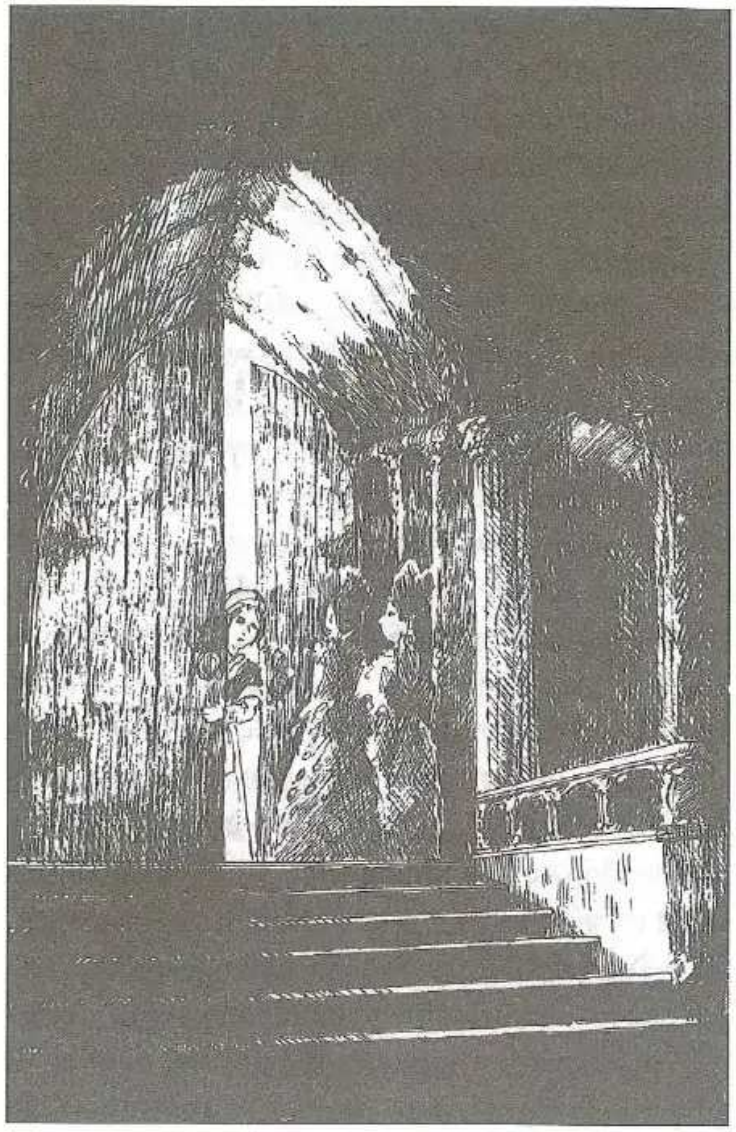
–Nadie lo sabe –le contestaron–. Tampoco lo sabe el hijo del rey.

–Decían que el príncipe daría cualquier cosa por saber quién era.

Cenicienta sonrió.

–¿Tan bella era? –dijo–. Dios mío ¡qué suerte tienen! ¿no podría verla yo? ¡Ay! señorita Javotte,





¿no podría prestarme el vestido amarillo que ya no le sirve?

–¡Claro que sí! –dijo Javotte con burla–. Precisamente estaba pensando en eso. ¿Tan loca me crees como para que preste mi vestido a una sucia Cenicienta?

Cenicienta sabía que no se lo prestaría y se alegró por ello, pues se hubiera sentido mal si su hermanastra le hubiera prestado el vestido.

Al día siguiente, las dos hermanas fueron al baile y Cenicienta también, pero mejor ataviada aún que la primera vez.

El hijo del rey estuvo todo el tiempo a su lado, diciéndole palabras agradables y de admiración. La música de la orquesta, las palabras halagadoras que el hijo del rey deslizaba en su oído y la magia del baile hicieron que la bella Cenicienta olvidara las recomendaciones de su madrina.

El reloj empezó a dar las campanadas de las doce cuando ella creía que apenas eran las once.

–¡Dios mío! ¡Las doce!... – Se desprendió de los brazos del príncipe y salió corriendo.

Cenicienta corrió ligera como una cierva. El príncipe la siguió, pero no logró alcanzarla. Sólo



encontró uno de los zapatitos de cristal que ella perdió en la huida. Lo recogió con mucho cuidado.

Cenicienta llegó sofocada a su casa; sin carroza, sin lacayos y con sus feos vestidos. De toda su magnificencia, sólo le quedaba uno de sus zapatitos, la pareja del que había dejado caer y que el príncipe había recogido.

Preguntaron a los guardias del palacio si habían visto salir a una princesa; dijeron que sólo habían visto salir a una jovencita muy mal vestida y que parecía más una campesina que una princesa.

Cuando las dos hermanas regresaron del baile, Cenicienta les preguntó:

–¿Se han divertido mucho hoy? ¿Fue de nuevo la hermosa dama de anoche?

–Sí, sí fue –dijeron ambas.

La hermana menor añadió:

–A las doce de la noche huyó tan rápido que dejó caer uno de sus zapatitos de cristal, el más hermoso del mundo.

–¿Y qué pasó después? –preguntó con visible interés Cenicienta.

–Pues que el baile tuvo que terminar porque el hijo del rey no hacía otra cosa que mirar el zapato,

sin interesarse por nada más –respondió la hermana mayor–. Yo creo –prosiguió locuaz– que está enamorado de la bella dueña del zapatito.

Y así era, porque a los pocos días el hijo del rey mandó publicar un bando a toque de corneta. Declaraba que se casaría con la mujer a quien le quedara bien el zapato.

Empezaron probándoselo las princesas, luego las duquesas y luego todas las damas de la Corte. Pero todo resultó inútil.

Fueron después a todas las casas del reino, donde hubiera jovencitas. Todas se lo probaban, pero a ningún pie se adaptaba el misterioso zapatito.

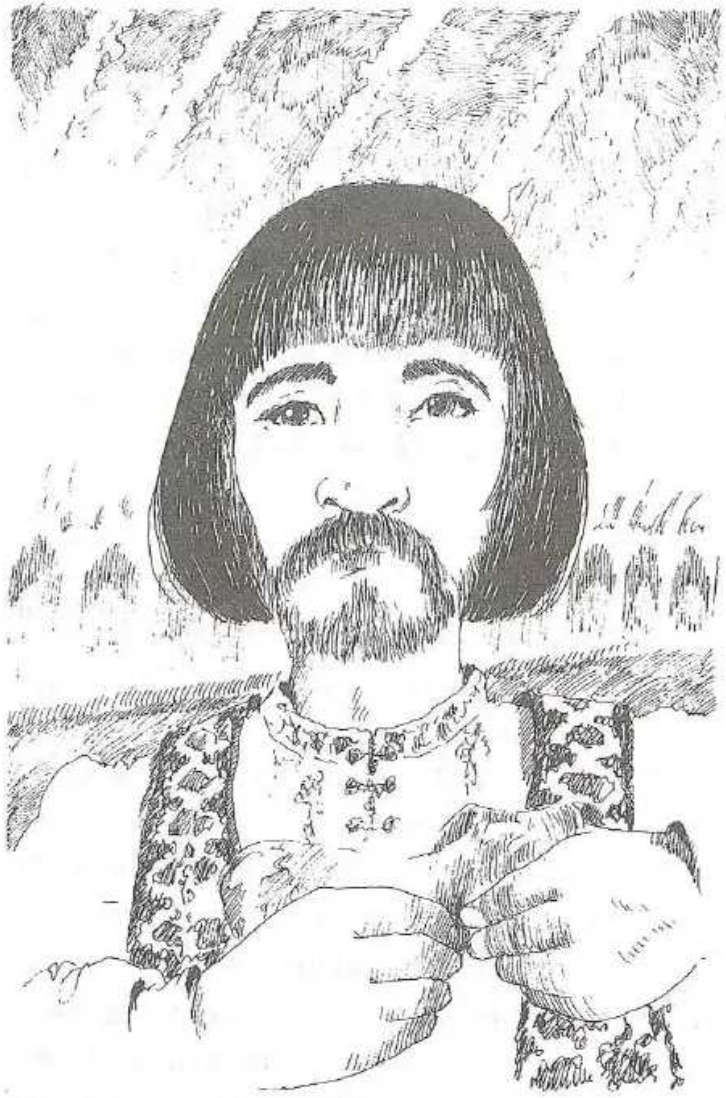
Llegaron también a la casa de Cenicienta. Las dos hermanas, muy emocionadas, hicieron todo lo posible para que sus pies entraran en el zapato, sin conseguirlo.

Cenicienta, que estaba mirándolas y que reconoció su zapato, dijo riendo:

–¡A ver si a mí me queda bien!

Ambas hermanas se echaron a reír, burlándose de ella. Pero el gentilhombre que hacía la prueba del zapato, miró atentamente a Cenicienta y encontrándola muy hermosa dijo:





–Es muy justo lo que pide, jovencita. Tengo orden de probárselo a todas. ¿Puede sentarse?

Cenicienta se sentó y el gentilhombre le acercó el zapato, que entró en el piececito sin esfuerzo.

–Le queda como un guante –dijo el gentilhombre–. No hay duda de que es suyo.

Las hermanas no salían de su asombro. Pero cuando vieron que Cenicienta sacó de su bolsillo el zapato par y se lo puso en el otro pie, casi se mueren de rabia.

Entonces apareció repentinamente el hada madrina.

–Querida ahijada –saludó con un beso en la frente a la joven. Y al mismo tiempo la tocó con su varita mágica.

Los vestidos de Cenicienta se volvieron aún más bellos que los anteriores.

Entonces las dos hermanas reconocieron en ella a la dama que habían visto en el baile. Se arrojaron a sus pies y le dijeron, muertas de vergüenza:

–¡Perdónanos! Tú has sido siempre la buena hermana que no supimos apreciar porque el orgullo nos tenía ciegas. Te hemos hecho sufrir mucho



con nuestra estúpida soberbia. Te hemos tratado mal, ¿podrás perdonarnos algún día?

Cenicienta las levantó y abrazándolas les dijo:

–Las perdono de todo corazón. Lo único que deseo es que me quieran siempre y que no se separen de mí.

Inmediatamente llevaron a Cenicienta ante el príncipe, tal como estaba ataviada. Él la encontró más bella que nunca, le declaró su amor y fue feliz al oír decir a la joven que ella también lo amaba.

–¿Aceptas casarte conmigo? –le preguntó él con amor.

–Sí, acepto –contestó emocionada Cenicienta.

Unos días después se celebró el matrimonio. La humilde Cenicienta se convirtió en una princesa tan buena como hermosa. Sus hermanas asistieron a la boda como sus damas de honor, y, cuando ya se disponían a regresar a su casa, Cenicienta les rogó:

–¡Quédense conmigo! Yo haré que vivan en el palacio.

Ambas aceptaron con gusto y pocos días después se casaron con dos grandes señores de la corte.

Dicen que al fin vivieron felices como buenas hermanas, y que su buen padre vio cumplido su sueño: la hija querida vivía protegida, rodeada de cariño y haciendo el bien que su madre le había enseñado.

El hada madrina no tuvo que volver a usar su varita mágica porque la realidad de su ahijada era mejor que todas las maravillas que podían hacer las hadas buenas.